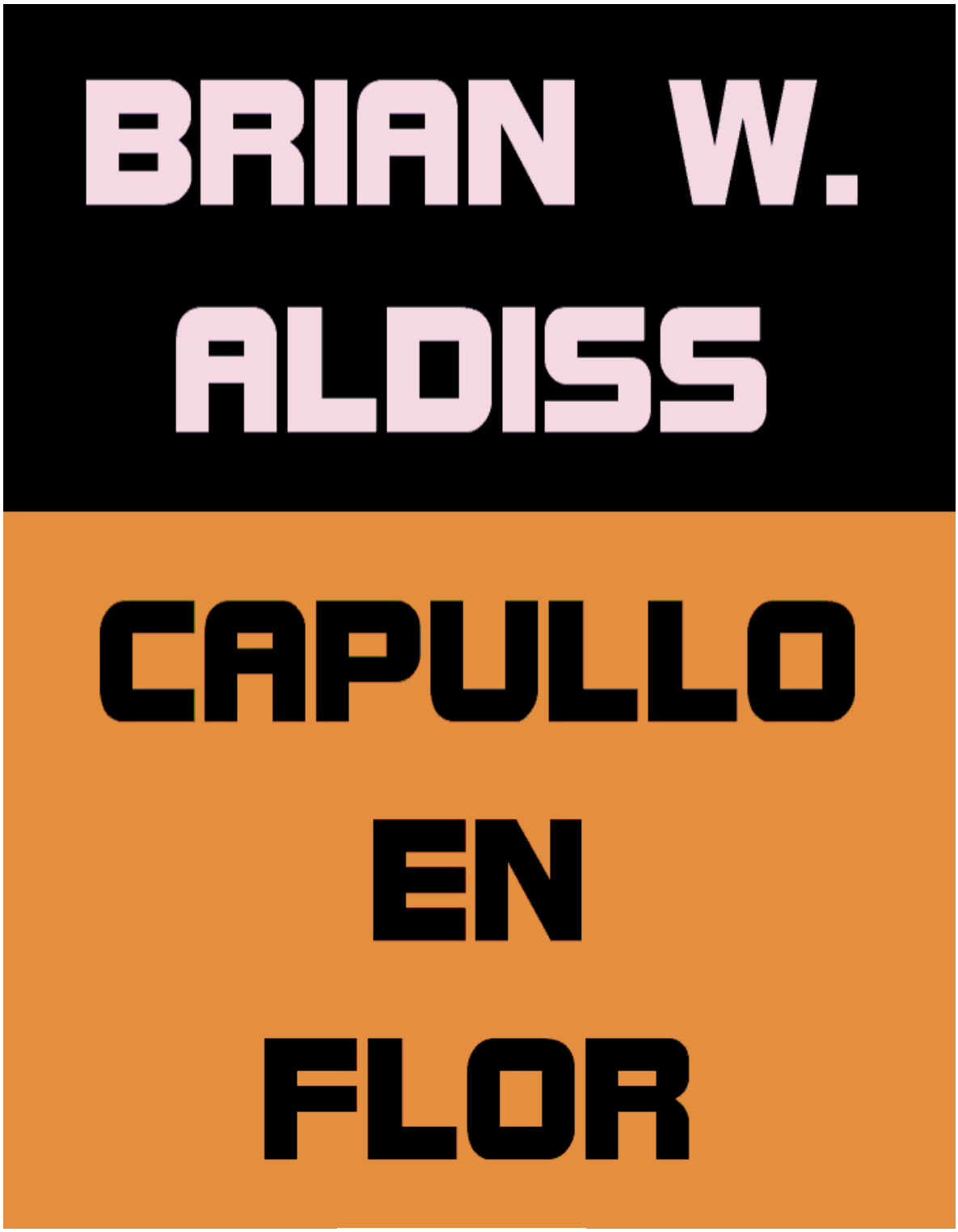
LIBROdot.com



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Una tarde del año trescientos uno del segundo milenio de la Bondad Universal, Lob Inson Mik hizo una profunda reverencia ante su patrón, el comisario de tribunales de justicia, Bur Ton, se deslizó su máscara de calle y echó a andar por Piccadilly Circus a pleno sol.

A simple vista, nadie hubiera adivinado que guardaba un secreto mortal. En muchos aspectos, era un funcionario corriente de la capital de la República China de Gran Bretaña, de cuerpo delgado, con oscuros ojos almendrados, una cara lisa y redonda y una mata de cabello castaño rizado. No llamaba la atención entre la muchedumbre que se daba de codazos en el Circus.

La actitud de Lob Inson tampoco se diferenciaba en ningún modo de su conducta habitual. Al llegar a la esquina, se detuvo junto al puesto de diarios donde la viejecita de costumbre estaba sentada vendiendo periódicos, cigarrillos, grabados, flores y anticonceptivos. Con una sonrisa, escogió una xilografía de un antiguo monorraíl, del tipo que había quedado en desuso un siglo atrás, con un fondo de gigantescas cascadas y el monte Snowdon. Mientras la viejecita se lo envolvía en un papel de periódico, Lob Inson dijo:

-Es para mi mujer; hoy es el cumpleaños de nuestro hijo mayor.

Con su rollo en la mano, se abrió paso entre la densa multitud. Antes de coger su autobús se detuvo, como tantos otros, para levantar la mirada hacia la gran pantalla que cubría parte de un edificio y donde se proyectaban las noticias. Por la pantalla pasaban grandes carros de combate que desembarcaban de unos gigantescos submarinos en las playas del norte de África, un gran número de carros de combate y tras ellos las tropas de la Gloriosa República Universal. La guerra contra África Unida, la única otra gran potencia que quedaba en el mundo, entraba ya en su décimo mes y parecía estar bastante claro quién la ganaría. Ello tal vez explicase el aire impertérrito de los espectadores.

La escena cambió para mostrar la contrainvasión, con el ataque de los africanos al sector albanés. Este sector, uno de los más antiguos y leales de la República Universal, era objeto de una dura contienda. Se vio una imagen de una casa de campo. Un gigantesco soldado africano apareció en la pantalla. Arrastraba a una muchacha china por un brazo. Con la otra zarpa se desgarró la parte delantera de los pantalones. El auditorio contuvo el aliento. Primer plano de su rostro sudoroso, las fosas nasales dilatadas, gritos de la muchacha. Le arrancan el vestido, sus senos quedan al descubierto. El negro la viola. Detallados enfoques de la acción.

-¿Y el fotógrafo por qué no hace algo? -preguntó un hombre de la multitud. Luego echó un vistazo a su alrededor por si lo había oído la policía secreta y se escabulló.

Cuando Lob Inson dirigió la mirada hacia el lugar por donde había desaparecido el hombre, descubrió una muchacha al borde de la multitud, con los ojos fijos en la gente más que en la pantalla. La miró atentamente al cabo de un minuto se le acercó.

Era una típica muchacha londinense, con cabellos lisos y oscuros, ojos azules, mejillas regordetas, pulcramente vestida con un provocativo traje azul noche que le llegaba hasta los tobillos. Descubrió a Lob Inson cuando éste ya se le acercaba. Ladeó la cabeza, su barbilla se levantó ligeramente, le lanzó una mirada modosa pero inconfundible. Lentamente esbozó una ancha sonrisa para mostrarle que tenía los dientes sanos.

Lob Inson se detuvo frente a ella e hizo una amable reverencia sin quitarse su máscara de calle. Con ello manifestaba que la consideraba de rango inferior. Ella lo aceptó y le correspondió con una reverencia más profunda que la de él.

Ella le gustó. El corazón comenzó a latirle un poco más fuerte, pero nada manifestó exteriormente. Ella se movía lenta y cortésmente con una inclinación a la voluptuosidad. Y no tenía la piel áspera y blanca como otras chicas de placer. Resultaba tan sensual como le había parecido a primera vista.

Amablemente, de acuerdo con las normas prescritas para esos casos, él le hizo algunas preguntas. Era una chica autorizada, pero sólo llevaba una semana en Londres, adonde había acudido procedente de la región agrícola de los alrededores. Había recibido una preparación adecuada en el arte de dar placer y tenía diplomas en movimiento físico, terapia posicional y psicología. Su precio era razonable y su aliento era bueno. Su nombre profesional era Capullo en Flor.

Una vez cerrado el trato bajo la escena de la gigantesca violación, que fue transmitida con tanto detalle como la campaña africana, Lob Inson se dirigió al autobús y Capullo en Flor le siguió a corta distancia.

Subir al autobús era siempre una lucha. Los buenos modales de la muchedumbre desaparecían cuando se trataba de subir a un vehículo, como si una locura pasajera aflorara a través de la controlada calma habitual. En el metro era todavía peor. Lob Inson se abrió paso a empellones hasta el compartimiento de hombres, mientras Capullo en Flor subía a la parte trasera.

Dejó vagar su mente, olvidándose de la muchacha para mirar los carteles murales. Aparte de alguna publicidad de artículos de uso doméstico, la mayoría de ellos eran exhortaciones al odio: odia a los confidentes, odia a los murmuradores, odia a los especuladores, odia a los enemigos. Aunque el odio era la única forma de preservar la Bondad Universal, Lob Inson se estremeció al pensar en la información secreta que poseía.

Lob Inson tenía su hogar en Erscort, un nidito de pequeñas habitaciones, en el quinto piso de un bloque de apartamentos. Mientras subían en el ascensor, Lob Inson se quitó la máscara de calle y le hizo un leve gesto a la muchacha, dándole a entender que ya podían actuar de manera menos impersonal.

-Es una zona muy agradable para vivir -dijo ella-. El edificio parece muy resistente y este ascensor es el más silencioso que he utilizado en mi vida. Quisiera poder seguir subiendo eternamente si ello no supusiera renunciar al placer de acompañarle hasta su casa.

-Por desgracia, es un ascensor algo antiguo y temo que mi pequeño hogar te parezca también un poco pasado de moda, pero mi familia te dará una buena acogida, Capullo en Flor.

-La idea de ver a su esposa me deslumbra, Lob Inson Mik.

El ascensor se detuvo y los dos bajaron. Lob Inson sacó la llave de su casa mientras avanzaban por el pasillo, abrió la puerta e hizo pasar a Capullo en Flor. Entraron en la pequeña sala de estar. Entonces apareció Lob Inson Lu, vestida con ropas de estar por casa y saludó a su esposo con una reverencia.

Él le ofreció el rollo con el grabado. Lu lo abrió y sonrió.

-Es una obra de una gran belleza, Mik. Tu percepción habla muy bien de ti y llena de placer todas nuestras vidas.

-Concedes excesivas alabanzas a tan modesto gesto, esposa mía. Permite que te presente a la señorita Capullo en Flor, que pasará parte de esta velada conmigo. Señorita Capullo en Flor, ésta es mi honorable esposa.

Capullo en Flor hizo una profunda reverencia.

-Por favor, levántate para que pueda admirar tu rostro además de tu peinado -dijo Lu.

-Para mí es un placer inclinarme ante tan augusta serenidad y madurez como las vuestras.

-Pero llevas un vestido muy bonito, Capullo en Flor, y también lujoso. Debes haber tenido que trabajar largo y duro para obtenerlo.

-No tanto, señora, pues con mi juventud, un corto tiempo ofrece altas aunque no merecidas recompensas.

Un poco incómodo con esta conversación, Lob Inson se alegró cuando su cuñado favorito, Claw Fod Jon, entró, colgó su chaqueta y se sentó en una silla mientras Lu echaba una mano a la criada que estaba preparando el té.

-Buenas noticias sobre la guerra, naturalmente -dijo Claw Fod con la vista en el periódico; luego añadió en voz más baja-: si puede darse crédito a lo que dicen. Entre los jefes de mi departamento, hoy corría el rumor de que no hay ninguna guerra.

-Pero nos han bombardeado -dijo Lob Inson también en voz baja.

-Una vez, cuñado, una vez. Tal vez intentaran dar así más realismo a la cosa. En el Ministerio de Propaganda son verdaderos artistas. El racionamiento de alimentos y la escasez de viviendas en Londres podrían ser otras muestras de sus dotes artísticas. Tal vez tú y yo, querido amigo, no seamos más que el público sobre el cual proyectan nuestros gobernantes sus neuróticas fantasías de dominación. ¿Qué me dices?

-No deberíamos hablar de este modo, Claw Fod. Permite que te presente a mi nueva amiguita.

-Con mucho gusto. He hablado neciamente. Su aspecto es agradable.

-Claw Fod Jon, ésta es la señorita Capullo en Flor.

-¿Te portas bien en la cama, cariño?

-Algunos hombres han tenido la amabilidad de asegurarme que sí, señor, pero la exageración es un defecto corriente y el deseo de ser amable puede pesar más que la sinceridad.

-¿Conoces la posición de la yegua blanca fugitiva?

En las mejillas de Capullo en Flor se formaron unos hoyuelos secretamente seductores.

-Pese a las limitaciones que impone mi edad y mi experiencia, aunque no, espero, mi flexibilidad, me consideran especialmente experta en la posición de la yegua blanca fugitiva, señor.

Claw Fod se frotó las manos y dirigió unos sonidos guturales de felicitación a su cuñado.

Entonces llegó el té y, con él, Mar Len, la criada, Lu y su hijo mayor, Lob Inson Piter, que ese día cumplía años y estaba jugando con una pelota roja. La conversación se generalizó en torno a las fragantes tazas. Los hombres hablaban entre sí, las mujeres charlaban entre ellas y Piter hablaba con todos. Fueron llegando del trabajo otros miembros de la familia y la pequeña habitación estuvo pronto repleta. Capullo en Flor fue presentada sucesivamente a todos los que iban llegando y en cada ocasión supo decir algo agradable.

Escudándose en la charla de las mujeres, Claw Fod le dijo a Lob Inson:

-¿Y si lo que te he dicho fuera cierto, cuñado? ¿Y si no estuviéramos en guerra con África?

Claw Fod hacía constantemente preguntas escabrosas como esa desde que había entrado a trabajar en uno de los departamentos más jóvenes del Ministerio de Propaganda.

-Si nos dicen una cosa, debe haber una buena razón para ello -dijo Lob Inson.

Era imposible replicar a eso. Pero Claw Fod se limitó a decir:

-Deberíamos saber qué sucede realmente. ¿Has oído alguna nueva noticia hoy en la oficina?

-Me he enterado de una cosa que te contaré después, cuando estemos a solas.

La captación de informaciones había llegado a constituir una especie de afición para los dos hombres, aunque Claw Fod siempre llevaba la iniciativa del juego. Las restricciones impuestas a los viajes eran tan grandes, la reconstrucción de la historia estaba tan avanzada, el adoctrinamiento de los niños era tan meticuloso, que resultaba casi imposible conocer la situación mundial.

Claw Fod suspiró al pensar en las dificultades que sufrían y dijo:

-Al menos, con los años, parece que hemos logrado recoger algunos resquicios de información clara. Es evidente que antaño la Gran China existía sólo en Asia. Tal vez nació del vientre de Marx y Mao Tse-tung.

-Prefiero creer la otra leyenda, la de que existía antes que ellos, pero era un lugar eternamente sumido en la oscuridad hasta que ellos llegaron para iluminarla con la antorcha del comunismo.

-Podría ser una explicación adecuada, cuñado. Tu sabiduría me convence. Luego, el resto del mundo adquirió la clarividencia suficiente para pedir ser aceptados bajo su sagaz dominio y la primera en aceptar tal honor fue la bárbara tribu rusa.

-Permíteme un segundo, Claw Jon. Si esa tribu rusa era tan bárbara, debió ser la última en aceptar el dominio ilustrado.

-Tal vez era la que estaba más próxima.

-Tal vez los rusos también tenían una doctrina comunista.

-¿Cómo es posible que fueran bárbaros?

-¿Tal vez existen dos tribus distintas con el mismo nombre de rusos?

Nuevamente, como tan a menudo les ocurría, se habían perdido en un laberinto de contradicciones. Pero discutían sin apasionamiento. Era sólo un ejercicio intelectual; cualquiera que fuera la verdad auténtica, entre las muchas que les rodeaban, ello no afectaría para nada sus vidas ni su bienestar. Y, al menos algunos aspectos estaban claros. Por ejemplo, en términos generales se sabía que finalmente los británicos, otra tribu bárbara, habían aceptado el dominio de China, siguiendo el ejemplo de sus vecinos, y así se había iniciado sobre la Tierra el primer milenio de la Gloriosa República Universal.

Los británicos habían sido la tribu de diablos extranjeros que había actuado de manera más civilizada; el sistema los había asimilado, no por aniquilación, sino a través de matrimonios mixtos hasta llegar al momento presente en que, dadas las superiores capacidades reproductoras del pueblo chino, habían quedado anulados. Algo distinto había ocurrido con los norteamericanos, y la mayor parte de los esfuerzos del primer Plan Milenario Celestial habían estado encaminado a la educación forzosa de los norteamericanos. Finalmente, durante el Siglo de las Coronas de Flores y la Radiación, se habían resuelto radical y definitivamente sus problemas, para gran provecho de toda la humanidad. Así lo creían los dos hombres, guiándose por lo que decían las leyendas.

La agradable charla de la hora del té fue interrumpida por Lu quien anunció que Piter debía ir a desnudarse, pues era su hora de acostarse.

Como si la señal también fuera dirigida a él, Lob Inson se levantó al mismo tiempo, saludó con una reverencia a varios de los parientes que le rodeaban y se acercó a Capullo en Flor.

-¿Tal vez ahora podrías seguirme al dormitorio?

-Será un exquisito placer para mí.

Le siguió con modestia hacia el dormitorio.

Una vez allí, Capullo en Flor abrió su pequeño bolso, sacó una barrita de incienso, que colocó en el quemador situado junto a la cama, bajo el retrato del abuelo de Lob Inson, y la encendió. Lob Inson se instaló en la cama y contempló sus movimientos. Ahora que se disponía a hacer lo que mejor sabía, Capullo en Flor parecía dotada de una gracia hipnótica. Cada uno de sus gestos parecía una conspiración con el espectador. Todavía no se había despojado de su traje azul noche cuando Lob Inson ya se derretía de placer.

Fue doblando ostentosamente sus ropas a medida que se las iba quitando, depositándolas sobre una silla de mimbre, hasta quedar completamente desnuda. Era una prostituta modesta. Se acercó a la cama tan tranquilamente como si estuviera en la calle con todas sus ropas puestas, sin exhibirse, con plena presencia, sonriendo un poco.

Se enroscó junto a Lob Inson sobre la cama y se inclinó a besar sus pies, para darle ocasión de observar el blanco de sus deseos, tan fresco como una ostra recién sacada del agua. Ansioso de explorar las perlas que ésta encerraba, él alargó una mano e introdujo un dedo, que ella aprisionó, mientras se volvía ligeramente en la cama para comprobar si él estaba disfrutando con su éxito. Su rostro le ofreció amplias muestras de que así era.

Capullo en Flor retiró su mano, se volvió hacia él y comenzó a desnudarlo mientras él permanecía allí tendido. Los movimientos que tuvo que hacer para zafarse de sus ropas y la sensual destreza que demostró la muchacha en su tarea, hicieron que ese proceso resultara aún más erótico que cuando se desnudó ella. Por fin se encontraron uno frente a otro, sin barreras.

Cuando estaban así tendidos y Lob Inson se regocijaba en la contemplación de las suculentas formas llenas de la muchacha, entró Lu, hizo una reverencia ante su señor, y preguntó:

-¿Puedo tener el placer de preparar un refresco para los dos?

-Gracias, amable esposa. Y trae también un plato de esos chiles verdes, por favor.

Lu se retiró, mientras su esposo se disponía a hacer exactamente lo contrario. Chupó las puntas de canela de los senos de Capullo en Flor y giró la cara hasta que pudo hundir la nariz en su sobaco e inhalar la deliciosa fragancia de su carne. Ella le cantaba en voz suave, como el arrullo de las palomas; dejó que se apagara la música para susurrarle a Lob:

-¿Queréis que hagamos juntos la yegua blanca fugitiva? ¡Se nota que sois un buen jinete, que no necesitará silla ni espuela!

-¡Si, sí, seré tu jinete, Capullo en Flor, y juntos recorreremos veloces las llanuras salvajes del éxtasis!

Ella le introdujo una lengua afilada en la oreja y le mordisqueó el lóbulo.

-Os debo advertir que soy una cabalgadura difícil de fatigar.

La postura de la yegua blanca fugitiva no era fácil, a pesar de que Capullo en Flor era tan flexible como aseguraba. Sólo cuando él sintió la fina superficie interior de los muslos de la muchacha contra sus caderas sus tobillos se enlazaron en su nuca obligándole a acercar su rostro al de ella, pudo iniciar Lob Inson su ejercicio ecuestre amatorio, y en ese momento el pequeño Piter entró corriendo en la habitación, completamente desnudo.

-Ya tendrías que estar en la cama, jovencito -dijo su padre-. Y no me interrumpas ahora. Tu padre está ocupado.

-¡Pero, papá, sólo quiero mirar para ver cómo lo haces! Otras veces me has dejado verlo.

-Es bueno para el niño contemplar el placer de su padre -dijo dulcemente Capullo en Flor-. Así cuando crezca e imite a su padre, sabrá obtener placer y dárselo a las mujeres.

-Puedes quedarte a mirar, Piter, ya que es tu cumpleaños.

La cabalgata empezó. La yegua blanca fugitiva cubrió primero el terreno al más modesto de los trotes, aunque no por eso dejó de demostrar que era briosa y una pura sangre en todos los sentidos. De momento, sólo estaba mostrando su forma sobre terreno llano, pero ya se atisbaba la promesa de las próximas tierras montañosas, con sus cumbres embozadas en la niebla. Lob Inson, que con frecuencia se había ejercitado en esa posición, conservaba un dominio absoluto de la situación.

Cuando comenzaban a iniciar un modesto trote, Lu y Mar Len entraron en el dormitorio con el refresco y los chiles y una fuente de melocotones bañados en miel.

-¡Conque aquí estabas, Piter, bribón! -exclamó Mar Len-. ¡El baño está preparado!

Piter estaba desnudo, de pie junto a la cama, con una mano tímidamente apoyada sobre la bien formada nalga de Capullo en Flor. La pequeña bandera que hacía ondear

no sólo demostraba que comprendía lo que estaba haciendo su padre, sino también que algún día llegaría a ser un caballero tan galante cómo él. Mar Len acarició ese reconfortante despliegue exterior y dijo riendo:

-¡Ven, vamos a refrescar eso en el baño!

Mientras la criada se llevaba a Piter en medio de sus protestas, Lu sirvió dos vasos de sorbete a los contrincantes, insertó dos pajitas en los vasos y se los alargó. Lob Inson y su núbil corcel interrumpieron su marcha para sorber la refrescante bebida. Lu salió del dormitorio con un gesto de satisfacción.

Lob Inson cogió nuevamente las riendas, mientras la cálida feminidad de Capullo en Flor le hacía aún más difícil contener el paso.

-Despacio, mi potranca -le advirtió-. Todavía no se divisa la meta. Primero debemos buscar la posición ideal antes de prepararnos para el ataque final.

Obedientemente, Capullo en Flor volvió a adoptar un ritmo más lento.

Diez minutos más tarde, mientras hacían otra pausa, pues ninguno de los dos deseaba llegar demasiado pronto al punto donde el trote se convertiría al fin en desenfrenado galope, Claw Fod Jon entró de puntillas, se disculpó y se sentó junto a la cama.

-Siento interrumpiros -dijo-. Sólo quería ver cómo iban las cosas y admirar vuestro espléndido ritmo. ¿Tal vez luego también yo pueda gustar las delicias de la adorable Capullo en Flor?

-Por supuesto -dijo Lob Inson-. Por nada del mundo desearía que te perdieras una experiencia tan deleitable. Capullo en Flor, me alegra mucho que hayas venido del campo para visitarnos.

-Y yo no sabría deciros cuánto me alegra salir del campo. Es un lugar tan pobre. Todo el mundo vive en chozas.

-En Londres tenemos otras noticias. Se dice que los campesinos viven bien, de la crema de la tierra, a decir verdad.

-No hay crema, mi jinete sólo tierra y todos vivimos como cerdos.

-Pero sin duda debe ser cierto que coméis carne todos los días y pescado hervido en vino y que vuestros hombres se emborrachan como comisarios cada noche.

-Estamos de suerte si vemos el pescado los días de fiesta y la carne una vez al año. En cuanto al vino, escasea todavía más que la carne. Este año nos han reducido incluso la ración de arroz.

-También nos han contado ese cuento -dijo Claw Fod-. Los periódicos aseguran que los campesinos vivís a base de cordero y cerveza importados de Australia.

-Perdona que me concentre más en los placeres físicos que en los políticos -dijo Lob Inson. Sentía agitarse la yegua que tenía debajo como una criatura salvaje, y una oleada de excitación recorrió su cuerpo. Mientras la seguía hasta su guarida como si fuera un animal, se dijo que, además de física, su excitación era también espiritual. Así lo habían aprendido desde la infancia y el mensaje estaba profundamente arraigado en el corazón de su civilización. Existía el control, y casi toda la vida era control; pero debajo palpitaba una cosa difícilmente controlable casi una locura. Debían ocultarla rígida disciplina, pero bajo las capas artificiales siempre continuaba latiendo esa cosa salvaje. ¡Y ahora la cosa salvaje había echado a correr! La salvaje yegua blanca estaba revelando por fin su verdadera naturaleza; había rechazado las riendas y el freno, se encabritaba y gritaba, trepaba como el viento por las laderas del gran volcán. Había perdido el control. ¡Huía, huía, fugitiva!, y la personalidad se perdía absorbida por la locura de momento.

Después, Capullo en Flor y Lob Inson se cubrieron con unas batas, descansaron, charlaron y Capullo en Flor entretuvo a su amante y as su amante en potencia con un relato de la vida en el pueblo, muy breve para no hacerse tediosa.

-¡Esas cosas no debieran ocurrir! -dijo Lob Inson-. Hoy estaba revisando unos documentos y he encontrado uno antiguo que desde luego no debía haber estado allí. Tendrían que haberlo destruido durante una anterior reconstrucción e la historia.

-Me temo que los burócratas no siempre somos eficientes -dijo Claw Fod, mordisqueado un chile y sacudiendo la cabeza-. ¿Qué decía el documento?

-Hablaba de cosas terribles, Claw Fod. Daba a entender que no estamos en el Segundo Milenio de la Bondad Universal. Decía que no derrotamos a los norteamericanos como nos han enseñado, sino que ellos estaban invadiendo nuestra tierra natal china. Citaba a los bárbaros rusos y sugería que también ellos se habían puesto en contra nuestra.

-Debía tratarse de un documento enemigo, enviado aquí para sembrar el malestar y la confusión entre nosotros, cuñado. Nos han enseñado que todos, todos los norteamericanos murieron. ¿El papel decía algo de los británicos?

-Sí. Decía que bombardeamos Londres, pero los ingleses no quedaron derrotados; ¡y se unieron a los norteamericanos y los europeos para luchar contra nosotros!

-¡Eso es absurdo! Los ingleses no harían nunca una cosa semejante. Nosotros somos mitad ingleses..., su sangre corre por nuestras venas, si podemos dar crédito a la historia.

Lob Inson juntó las manos en un gesto de desconcierto.

-Tú eres el que dice que no puede creerse en ella.

Mientras los hombres hablaban, Capullo en Flor se había deslizado fuera de la cama y estaba mordisqueando un chile junto a la ventana. Al tiempo que se refrescaba, paseaba la mirada por los tejados de Londres o contemplaba la calle, cinco pisos más abajo.

-¿Y tú has pensado algo al respecto? -le preguntó Lob Inson.

Ella se volvió hacia los dos amigos con los párpados bajos.

-En los pueblos he oído un relato demasiado terrible para creerlo, aunque concuerda con lo que estáis diciendo.

-¡Cuéntanoslo, por favor! Por lo que hemos estado diciendo, puedes ver que no te denunciaremos a la policía secreta.

-He oído decir que tal vez la policía secreta es inglesa y no china -dijo ella con voz temblorosa-. En los pueblos hablan de barreras al otro lado de las tierras que nos rodean. Dicen que Londres y el campo circundante son sólo un pequeño espacio rodeado de alambradas y guardias. Dicen que Londres no es Londres sino una simple ficción.

-Perdona que te diga que esto que dices es absurdo, Capullo en Flor -dijo Claw Fod. Luego, volviéndose hacia su cuñado, continuó-. Como ves, los campesinos son sólo campesinos y por eso sólo dicen tonterías; y esta muchacha también es sólo una campesina. ¡Esto no es ya una falsificación de la historia; es simplemente mentira!

-Y dicen que el mundo se unió en contra nuestra -siguió diciendo Capullo en Flor- y que todo lo que quedó de nuestra gran raza cuando dejaron de caer las bombas está repartido en varias reservas rodeadas de alambradas. Nosotros simplemente vivimos en la zona de ocupación británica, y ellos se han mezclado con nosotros, no a la inversa. En el próximo valle hay una zona de ocupación norteamericana.

Lob Inson se rió.

-¿Te das cuenta, Claw Fod? ¡Las tonterías que salen a relucir cuando intentamos descubrir la verdad! Tenemos que curarnos de este vicio y buscarnos un pasatiempo más útil. ¡El estúpido relato de Capullo en Flor nos demuestra que somos estúpidos! Su relato es mera invención, otra mentira infiltrada por nuestros enemigos, por los africanos, tal vez. Su relato tiene un gran fallo que a nadie puede escapar. Si los ingleses nos conquistaron, ¿cómo se explica que todas las otras leyendas coincidan al menos en afirmar que dominamos el mundo?

Capullo en Flor siguió mirando por la ventana.

-Nuestros enemigos dicen que ello se debe a una especie de locura de conquista mundial que tenemos los chinos. Por eso, incluso después de la derrota, fingimos que este pequeño pueblo es el gran Londres.

Los dos hombres intercambiaron una mirada muy solemne. Finalmente, Lob Inson dijo con voz ronca:

-Esta pobre chica es muy peligrosa. Pese a ser núbil, ha traicionado a la Bondad Universal.

-¡Desde luego! La entregaremos en cuanto yo haya probado su yegua blanca fugitiva. No podemos permitir que la gente escuche estas peligrosas insensateces propias de campesinos.

-Aun suponiendo que fuera cierto -dijo Lob Inson pensativo-, y naturalmente sé que ello no es posible, ¿qué trascendencia tendría eso para nuestras vidas privadas y personales? ¿No conservamos todavía intacta toda nuestra civilización?

-¡Exactamente! Capullo en Flor, ven a mí -la llamó Claw Fod.

Pero la muchacha permaneció inmóvil junto a la ventana abierta, sin prestarle oídos. Las lágrimas manaban de sus ojos y le empañaban el panorama de apretados tejados, más allá de los cuales se alzaba el gran cono de un volcán apagado. Luego saltó.